

LA INICIACIÓN LITÚRGICA DE LOS JÓVENES: CLAVES PRÁCTICAS

JUAN CARLOS CARVAJAL
Delegación de Catequesis
Madrid

I. INTRODUCCIÓN

La catequesis de jóvenes es la última etapa del proceso unitario de formación cristiana que la Iglesia lleva adelante con los niños, adolescentes y jóvenes. Este marco es lo que confiere a la catequesis de jóvenes la responsabilidad de concluir la iniciación cristiana en todos aquellos que han recorrido el proceso o se han incorporado en esta última etapa.

En otros tiempos, en sociedad de cristiandad, era el ambiente social el que por ósmosis iniciaba en la fe. La catequesis, confundida con el "catecismo", quedaba reducida a transmitir la doctrina cristiana. La celebración de la Iglesia era presentada como obligatoria y su iniciación, sustraída de la catequesis, se realizaba por la mera asistencia a los actos litúrgicos. En un contexto de "nueva evangelización", como el actual, la Iglesia ha optado por una catequesis de tipo iniciatorio, por la cual se inicie en toda la vida cristiana.

Recordando el catecumenado bautismal de la Iglesia primitiva y dejándose inspirar por el cap. IV del RICA (*Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*), la Iglesia postconciliar ha optado por una catequesis de inspiración catecumenal. La misma Iglesia española, siguiendo las recomendaciones de EN 44 y del Sínodo de 1977 (MPD 8), en el documento *La catequesis de la comunidad*, ha hecho también la opción por una catequesis en el sentido iniciatorio (cf. CC 78-82). Así pues, se le pide a la catequesis en general, y a la de jóvenes en particular, que inicie a los catequizandos en la integridad de la vida cristiana, en todas sus dimensiones.

Según el documento *Catequesis de Adultos* —válido para la catequesis de jóvenes, pues se ofrece como su modelo—, en su cap. VII, la catequesis debe iniciar en cuatro dimensiones de la vida cristiana, que se convierten para la catequesis en tareas. Este documento haciéndose eco de otros documentos de diferentes rangos (AG 14; GEM 2.4; RICA 19; CC 84-94; etc.) enumera del siguiente modo dichas tareas: "una iniciación orgánica en el conocimiento del misterio de la salvación, una capacitación básica para orar y celebrar la fe en la liturgia, un entrenamiento en la adquisición de actitudes evangélicas y una iniciación en la acción apostólica y misionera" (CC, 174). A través de estos cuatro caminos, se ahonda y fortalece la adhesión del creyente a Jesucristo, Hijo de Dios. Y por Él, se propicia la vinculación al Dios Trino, en la Iglesia, para la construcción del Reino en el mundo.

Nuestro artículo se va a centrar en la iniciación de los jóvenes a la vida celebrativa y litúrgica de la Iglesia. Para hacerlo, vamos a situarnos en dos espacios complementarios en el proceso de iniciación: el grupo de catequesis y la comunidad cristiana amplia, en cuanto asamblea litúrgica.

- En el primer espacio —*el grupo de catequesis de jóvenes*— ofrecemos un esquema básico. En él recogeremos los elementos fundamentales que estructuran la dinámica celebrativa-oracional. En este marco subrayaremos, de modo especial, la dimensión educativa de la iniciación en la celebración.
- En el segundo espacio —*la asamblea litúrgica*— haremos una enumeración de los momentos celebrativo-litúrgicos que deberían tenerse en cuenta y estar presentes en el proceso de iniciación cristiana de jóvenes. En este marco señalaremos el aporte particular de cada uno de los momentos celebrativos a la iniciación cristiana en su conjunto.

II. ESQUEMA INICIATORIO-BÁSICO DE LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

El grupo de catequesis, como hemos dicho, es un marco propiamente iniciatorio, no-litúrgico. Las características de este espacio permiten la presentación y despliegue —progresiva y creativamente— de los elementos celebrativos. Es el modo de favorecer la participación activa de los jóve-

nes en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia; uno de los objetivos de su iniciación cristiana. En este contexto se han de primar las oraciones grupales y celebraciones de la Palabra.

Ofrecemos un esquema fundamental para la oración-celebración, que sirva de base para la iniciación de los jóvenes en la vida celebrativa de la Iglesia. Es *simple en sus elementos*, para que dicha simplicidad facilite su asimilación y la consiguiente profundización en el misterio que transparentan. En la dinámica juvenil, la abundancia de elementos tiene como peligro la dispersión, el entretenimiento... Antes de presentar el esquema, señalo tres acotaciones:

- El esquema que presentamos puede ser común tanto para la oración como para la celebración de la Palabra. Según sea una u otra, se puede subrayar uno u otro elemento; incluso cabe quitar o poner alguno.
- Por otra parte, la celebración comunitaria se sustenta sobre la participación y la oración personal de los celebrantes. Por tanto, la dinámica que la estructure debe favorecer ambos elementos.
- Siendo importante el esquema que ofrecemos, más lo es aún la figura del catequista-iniciador. El catequista no sólo debe estar iniciado en esos elementos, sino que debe orar y celebrar la fe a partir de ellos. No representa, sino que vive lo que celebra y expresa.

La estructura que ofrecemos es la siguiente:

1. *Momento inicial*

Este primer momento de la celebración es fundamental. De él depende, en gran medida, que lo que se realice a continuación introduzca al joven en clima de oración o no; esto es, en diálogo con Dios o, simplemente, en un entramado de elementos que al final termine en monólogos intimistas o en una puesta en común de grupo.

El objetivo principal de este momento es que los participantes tomen conciencia de que están en la *presencia de Dios*. En otras palabras, que reconozcan que han sido convocados y reunidos por el amor de Dios; que tienen a Jesús como compañero y mediador de la oración y que el Espíritu, presente en su corazón y en medio del grupo, es el que activa la plegaria que cada uno realiza. Es necesario que, en este momento inicial,

los jóvenes trasciendan su vida, se pongan ante Dios —personal y grupalmente— y se dejen en sus manos.

Los instrumentos que pueden ayudar a este momento son muy variados; pero todos deben ir dirigidos a crear el clima personal y comunitario necesario que favorezca una auténtica celebración oracional. Se trata de que se descalcen y entren en terreno sagrado. Junto a la acogida y monición de entrada del animador, hay elementos sencillos que pueden ayudar: la señal de la cruz bien hecha, con plena conciencia; un canto sereno que ayude a recogerse —los cantos de Taizé son de gran ayuda—; un momento de silencio, que evoca al Silencioso; una música de fondo, tomar conciencia de la respiración, de los ruidos que les rodean, de los problemas que traen, de la llama de la vela que tienen delante; si están ante el sagrario, la misma presencia de Jesús en la eucaristía... Todos estos elementos pueden ayudar.

2. *Texto seleccionado*

Se trata de recoger, en este momento, los gozos, las alegrías, los interrogantes, las angustias, las búsquedas, las llamadas... que lleva el hombre ante Dios. Se pueden utilizar textos no bíblicos, incluso no religiosos, que centren la atención y sean como la llave que evoca y abre la experiencia de los jóvenes que participan en la celebración.

Con esto se pretende que los jóvenes personalicen todo lo que va a acontecer en la celebración, y esto les ayude a reconocerse *portavoces de la humanidad* que anhela la venida del reino de Dios y ora por ellos. Es un primer momento por el que los acontecimientos históricos, la vida de los participantes irrumpe en la celebración; y ésta se inserta en medio de la vida y de la historia.

Los instrumentos que ayudan a este momento son muy variados: una canción o poema que se escucha, noticias del periódico, parábolas o cuentos evocadores, alguna diapositiva, testimonios o, incluso, una intervención del animador que evoque alguna experiencia particular del grupo. Ayuda el hacer después un breve silencio, repetir la canción de entrada o una nueva... Es el modo de que el grupo haga suya dicha experiencia.

3. *Texto bíblico*

Llegamos al corazón de la oración. El momento que nunca debe faltar. La proclamación y la escucha de la Palabra de Dios. Abierta la tierra de la vida y dispuesto el corazón de los jóvenes, *se proclama* la Palabra de Dios. Palabra iluminadora, que brota y desciende a la vez sobre la experiencia evocada. Es el momento en el que el joven percibe la vida preñada de una nueva Presencia y a la vez necesitada de una nueva fecundación. Este momento es insustituible porque en él Dios se manifiesta como un Dios que tiene Palabra, que habla al hombre. Este momento propicia la iniciación de los jóvenes en la liturgia de la Palabra, presente en la celebración de todo sacramento.

Afirmamos que es el corazón de la celebración, porque es donde la gracia —que desde un primer momento está actuando en los participantes— se manifiesta encarnada en la Palabra proclamada y les hace salir de sí para ampliar sus pensamientos, sus sentimientos, sus compromisos, en fin, su vida, a la luz y calor de Aquel que la pronuncia. *Dios habla*, anuncia su obra salvadora a los jóvenes y éstos escuchan desde sus búsquedas e interrogantes. La proclamación de la Palabra de Dios manifiesta que la celebración no es un esfuerzo o conquista del joven, sino acción salvadora de Dios e invitación al diálogo.

Es fundamental que el pasaje o pasajes bíblicos elegidos sean bien proclamados; para que manifiesten que lo que dicen acontece en ese momento. Se ha de invitar a los jóvenes a una actitud de humilde escucha y de acogida obediente desde la profundidad de la fe. Ayuda una pequeña monición antes de su lectura.

4. *Respuesta común a la Palabra*

Unido al anterior momento, y para acentuar aspectos ya señalados, es necesario que se tenga en cuenta la respuesta común a la Palabra de Dios. Este espacio viene a subrayar dos aspectos:

- *El carácter dialogal* de toda celebración cristiana. Dios es el que ha tomado la iniciativa y ha dirigido su Palabra salvadora al grupo de jóvenes. Ellos la han acogido y como primer acto de reconocimiento del amor de Dios rompen su silencio y responden a través de la alabanza, la suplica o la entrega confiada.

- *El carácter comunitario* de toda celebración. El grupo responde en común, y de este modo los miembros del grupo se manifiestan unos a otros que la Palabra va dirigida en primera instancia a todos. Dios habla a una familia reunida en el nombre de su Hijo Jesucristo. Después, es imprescindible que cada uno, personalmente, la acoja y la deje, bajo la acción del Espíritu, resonar en su interior.

Para este momento, la lectura o canto de *un salmo* es, sin ninguna duda, lo mejor. Es la oración del Pueblo de Dios de todos los tiempos. Con ellos oró Jesús y les dio la impronta de su trato filial con Dios, su Padre. Y al ser Palabra de Dios recoge fielmente los impulsos del Espíritu y los hace propios del grupo de jóvenes. Es necesario en este punto plantearse un proceso de iniciación a la oración con los salmos, ayudándose de diversos instrumentos: breve presentación, paráfrasis que los actualice, selección y lectura en voz alta de algún verso... Todo ello contribuirá, también, a la iniciación del Padrenuestro que luego se recitará.

5. *Silencio*

Es el momento, dentro de nuestro esquema de oración-celebración grupal, donde se da *la acogida de la Palabra y del diálogo interior con el Padre*. El joven se abre a la acción del Espíritu, que se une a su espíritu y le mueve según Dios. Para que este "trato de amistad" entre Dios y el joven acontezca es necesario el silencio.

El silencio interior es la atmósfera necesaria para que la Palabra de Dios resuene en los jóvenes, y para que las palabras, sentimientos, compromisos que les broten nazcan desde dentro y estén en sintonía con el Espíritu. El silencio, fraguado en la actitud de escucha, acogida, paciencia, confianza... contribuye a que los jóvenes no sean espectadores mudos —o demasiado charlatanes— que tragan la celebración sin digerirla. El silencio oracional ayuda a que el joven ahonde en lo que está celebrando y quede comprometido por lo que está aconteciendo.

Este momento de recogimiento silencioso, a veces extenso, no es muy litúrgico del todo —caracterizado por la acción—, pero, sin duda, en este espacio y tiempo iniciatorio es fundamental. Contribuye a que el joven personalice todo lo que está ocurriendo y deje que el Espíritu se una a su espíritu según Dios. Cuando llegue el momento de la expresión simbólica oracional, ésta manifestará, en verdad, lo que el Espíritu le mueve en su interior.

6. *Expresión oracional y simbólica*

Este tiempo no puede presentarse como el momento en el que se ha terminado la oración y empieza la puesta en común. Es un tiempo articulado desde la acción y, por tanto, es eminentemente celebrativo-litúrgico. En él, los jóvenes hacen oraciones espontáneas a Dios —dirigidas a Él en segunda persona del singular— y a través de un gesto o de una expresión simbólica expresan lo que va más allá de las palabras. Así, la oración permanece y adquiere nuevos ecos.

Esta expresión libre de los jóvenes participantes, debe ser motivada por el animador. Este espacio es importante por tres motivos:

- *En cuanto expresión*, ayuda a objetivar un pensamiento, una vivencia...; y, por tanto, es el primer paso para que los jóvenes se liberen de un puro subjetivismo intimista. Este intimismo, si en un primer momento es atractivo para el joven, poco a poco se va transformando en cárcel que encierra sobre sí a los participantes. El hecho de hacer un esfuerzo por orar en voz alta supone salida de sí, valoración de los otros y exige objetividad.
- *En cuanto expresión oracional personal* dicha en voz alta, este momento pasa a ser fuente de oración para los otros miembros del grupo que participan. La oración dicha en voz alta es mediación que permite, a los otros miembros del grupo, descubrir la acción de Dios en sus vidas. En muchas ocasiones se ve mejor el paso de Dios en los otros que en uno mismo. La miopía de fe que se tiene hacia la propia vida queda corregida cuando uno acoge la oración y la vida de los otros.
- *En cuanto expresión simbólica*, ya hemos dicho que es fundamental para la iniciación litúrgica de los jóvenes. La liturgia es rito, acción simbólica. Este momento es propicio para iniciar en el lenguaje simbólico y en el modo de participar por la acción ritual.

Los símbolos religiosos, por su propia naturaleza, no son sólo instrumentos de expresión, poseen una dinámica interna por la cual hacen presente lo Sagrado. Remiten más allá de sí mismo, tanto a la Presencia que portan en sus entrañas, como a la vida que los jóvenes quieren expresar a través de ellos. La elección de algún gesto simbólico parece imprescindible para que se dé una buena celebración comunitaria. Los símbolos,

además de enriquecer estas celebraciones, son camino para iniciar a la dimensión sacramental de la liturgia cristiana.

La utilización del lenguaje simbólico en estas celebraciones también ha de estar regulado por una progresión que favorezca la misma iniciación: primero desde símbolos propios de los jóvenes (manos dadas, signos por los que se expresan...); después desde símbolos con gran carga humana (luz, agua, tierra, semillas...); más tarde símbolos y ritos cercanos a los de la liturgia cristiana (comer, lavarse...) para que al fin los jóvenes se sientan familiarizados con el lenguaje ritual y sacramental de la Iglesia.

7. *Padrenuestro y oración final*

Toda celebración y oración cristiana debe acoger en su seno el Padre, nuestro. La oración-referencia que el propio Jesús entregó a sus discípulos y por la cual penetramos en el Misterio amoroso de la paternidad de Dios. Sólo porque Jesús nos antecede en el camino hacia el Padre y nos invita a seguirle, podemos atrevernos llamar a Dios "Padre nuestro" con una audacia que no brota de nuestras propias fuerzas. Para que los jóvenes descubran el regalo que tienen entre sus manos y no caigan en la rutina de su repetición mecánica, es necesario introducirlo con alguna monición, decirlo con algún gesto o destacar alguna de sus peticiones, según el caso.

La celebración terminará con *una oración colecta* que, como broche de oro, será eco y síntesis de la plegaria que se ha realizado a lo largo de toda la sesión. Esta oración, a nuestro entender, ha de ser dicha por el catequista, de modo que los jóvenes capten que toda celebración cristiana está presidida y esa presidencia remite a la de Cristo. Por otro lado, esta oración final tiene también como misión el lanzar a los jóvenes a la vida. De la vida partieron, el misterio salvador de Dios obrado en su vida contemplaron y a la vida vuelven para vivir y anunciar el amor de Dios que han acogido. Se puede concluir con un canto final.

III. MOMENTOS CELEBRATIVOS LITÚRGICOS

Pensamos, como dijimos al inicio, que los momentos celebrativos-litúrgicos, especialmente los sacramentales, deben circunscribirse fundamentalmente al ámbito de la comunidad cristiana. Es en la celebración ordinaria de la Iglesia —año litúrgico, celebraciones sacramentales...— y

en contacto con la asamblea litúrgica, donde los jóvenes desarrollan y completan su iniciación en la celebración de la Iglesia. No al margen de ella. Así pues, es imprescindible que, junto a las oraciones y celebraciones de la Palabra en grupo, consideremos la participación de los jóvenes en las celebraciones normales de la comunidad cristiana que les está iniciando. Más aún, podemos considerar que la progresiva incorporación de los jóvenes a la vida litúrgica de su parroquia es índice que corrobora su correcta iniciación cristiana, en general, y de la iniciación litúrgica, en particular. De ahí que la participación asidua y activa de los jóvenes en las celebraciones litúrgicas es camino y meta para su iniciación cristiana.

Fundamentalmente nos vamos a centrar en dos tipos de celebraciones: la eucaristía dominical y la celebración de los ritos de paso del catecumenado ante la comunidad parroquial. Pasamos a señalar alguna dimensión que subraya estas celebraciones y por las cuales queda enriquecida de modo considerable la iniciación cristiana en su conjunto.

1. *La participación en la eucaristía dominical de la parroquia*

Con esta participación el joven se familiariza con la celebración de la Iglesia; pero además se reconoce incorporado a la salvación de Jesucristo a través del misterio de fe que se hace presente en toda eucaristía. Las dimensiones celebrativas que quedan subrayadas son las siguientes:

a) La dimensión comunitaria.

Toda celebración litúrgica acontece a partir de la reunión de la comunidad cristiana. En la celebración de la eucaristía dominical, la asamblea litúrgica es constituida por la reunión de los discípulos de Jesús dispersos por el mundo que así responde a la convocatoria de su Maestro y Señor. En ella se manifiesta realmente como Cuerpo de Cristo, radicada en Cristo y no solamente en el conocimiento mutuo y afectivo de los participantes. La comunidad cristiana aparece como comunidad de fe. Es la comunidad de todos aquellos —jóvenes, adultos, ancianos, mujeres, hombres, de una y otra ideología o procedencia...— que han sido constituidos en familia de Dios gracias a la acogida que hacen del amor del Padre manifestado en la entrega de su Hijo en la cruz.

La comunidad cristiana concreta, reunida entorno a la mesa del Señor, hace presente el misterio de la Iglesia: *misterio de comunión y misión*.

- En cuanto *misterio de comunión*, los diversos se reconocen como hermanos, tienen un lugar en la celebración y ejercen una responsabilidad dentro de la misma, bien ministerialmente, bien como servicio, bien como un miembro más de la asamblea. La comunión aparece encarnada y estructurada.
- En cuanto *misterio de misión*, el "haced esto en conmemoración mía" es una invitación a reproducir en la vida cotidiana la entrega que Jesús ha hecho por "vosotros y por todos los hombres". El "podéis ir en paz" es el envío para que los integrantes de la comunidad cristiana —y en ella los jóvenes— se introduzcan en sus ambientes como fermento en medio de la masa y signo del Reino celebrado.

b) La dimensión mística de la fe.

A través de la celebración de la eucaristía dominical, en particular, y del año litúrgico, en general, la comunidad es introducida, según los acontecimientos históricos, en el misterio, siempre novedoso, de Cristo. En ella acontece realmente la salvación de Cristo. La Pascua de Cristo y todos los misterios que la han precedido se hacen presentes en el sacramento eucarístico, introduciendo y transformando la historia y la vida de los jóvenes —y demás participantes— en piezas integrantes de la historia de la salvación que Dios está haciendo con su pueblo. En la celebración, el joven se ve introducido en la historia salvadora que Dios ha realizado en el pasado, realiza en el presente y realizará en el futuro con su pueblo, el pueblo cristiano del joven.

Lo que el joven va conociendo en la catequesis, en la celebración eucarística lo ve realizarse; no como espectáculo, sino como acontecimiento venturoso por el cual él se transforma en el misterio que se celebra. El deseo de identificación con Cristo, que la catequesis pone en el corazón del joven, es saciado por la comunión con el cuerpo y sangre de su Señor. Más aún, todos los signos, todos los ritos, todas las palabras le remiten a la presencia de Jesús resucitado y en esta matriz sacramental el joven bautizado sale realmente configurado con Cristo, el hombre nuevo. Es la acción eficaz del Espíritu el que modela los sentimientos, razones y deseos del joven según Jesucristo, la imagen de Dios.

c) La dimensión objetiva y cotidiana de la fe.

Los jóvenes están tentados de ser ellos la medida de la fe. Sus vivencias, al hilo de gustos, deseos y proyectos, son tomados como norma absoluta —mientras dure— de la fe. La celebración dominical es oportunidad que el joven tiene de trascenderse a sí mismo.

La integración de la fe y la vida, fundamento vertebrador de todo creyente, en especial de los jóvenes, encuentra en la celebración eucarística su mejor anclaje. El ritmo celebrativo hecho hábito —que no rutina— libra de diversos peligros: de considerar la vida cristiana reducto de refugio extraordinario, de una visión abstracta de la fe y del subjetivismo individualista. En él, el joven es invitado a ir más allá de sus ritmos personales, siempre fluctuantes, e introducirse en un ritmo —semanal, anual— que atraviesa lo cotidiano de su vida. La cotidianidad de su vida encuentra su fundamento en la acción salvadora que el Dios fiel entreteje en su trama.

La participación activa de los jóvenes que se inician en las celebraciones dominicales no puede asentarse en una exigencia externa —obligación del catequista—, ni en un acto voluntarista de ellos; se han de ofrecer unas condiciones y elementos que lo favorezcan. No se trata de "juvenilizar" las eucaristías en las que participan los jóvenes con una creatividad desaforada que las haga en extremo diversas de las eucaristías ordinarias de la comunidad cristiana. Sí debe haber creatividad; pero compaginando la dinámica propia de la liturgia de la Iglesia y la sensibilidad propia de los jóvenes. Ésta proporcionará acentos, nunca desfiguraciones.

Conviene, que *los grupos de liturgia* estén integrados por miembros jóvenes. En ellos aportarán sus experiencias de vida, su sensibilidad propia siempre tamizada por el resto del equipo. Se puede recurrir a grupos de guitarra, de canto —los "coros"— siempre que estén integrados en la dinámica global de la celebración y no como algo aparte. La sensibilidad del presidente de la asamblea litúrgica hacia el mundo de los jóvenes —con sus interrogantes, ilusiones, proyectos...— es una inestimable ayuda.

2. *Las celebraciones de los ritos de paso*

Como venimos diciendo, estamos en un contexto iniciatorio. Con la catequesis y la celebración del sacramento de la confirmación, los jóvenes concluyen la iniciación cristiana que empezaron en su infancia. El RICA

es para esta última etapa una referencia necesaria. Los ritos de paso y las entregas que contiene el ritual son hitos que no sólo facilitan la iniciación litúrgica, sino que enriquecen la misma dinámica de la catequesis.

Se trata en general de jóvenes bautizados. Por tanto, la mayor parte de los ritos de catecumenado habrá que adaptarlos a esta situación de los jóvenes que se inician. Otros ritos —los exorcismos—, habrá que ver la conveniencia de su celebración con jóvenes bautizados y partícipes de la eucaristía y del sacramento del perdón. Los ritos que consideramos que se deben integrar en el itinerario catequético son: la acogida de la comunidad e inscripción del nombre del joven que inicia la catequesis, el reconocimiento de la señal de la cruz con la cual está sellado como cristiano, la entrega de los evangelios, la oración dominical y también del símbolo de los Apóstoles. La celebración solemne del sacramento del perdón, como segundo bautismo, y el de la confirmación son momentos señeros con los cuales se concluye la iniciación sacramental de los jóvenes.

Consideramos que la celebración de estos ritos del RICA ha de hacerse en el contexto de las eucaristías dominicales de la parroquia, ante la asamblea litúrgica. Estas celebraciones son momentos de gracia, no sólo para los jóvenes y sus catequistas, sino también para la propia comunidad. Por tanto, ante la comunidad eclesial se han de celebrar. Diversas son las contribuciones que estas celebraciones hacen a la iniciación litúrgica de los jóvenes.

a) Favorecen la apertura religiosa del joven.

Insertas estas celebraciones en el proceso de catequesis, cada una de ellas es, para el joven, recordatorio de que está remitido a Dios y avanza por un camino que sólo se recorre en su presencia. El cambio de ámbito —salida del grupo y entrada en la asamblea—; el cambio de dinámica —de la reflexiva a la celebrativo-oracional—; el cambio de espacio —de un local al templo— y el cambio de tiempo —de un día ordinario al domingo— indican y significan al joven que está ante Aquel que le ha llamado y le conduce por la senda de la fe. Estos cambios, como venimos diciendo, son la base de la dinámica celebrativa de la Iglesia.

b) Facilitan la acogida de la gracia.

En el itinerario catequético, el joven se va introduciendo en la vida cristiana expresada por su seguimiento de Cristo y la construcción del Reino en los ambientes en los que vive. Dicho itinerario se presenta al

joven como un proceso de exigencia al cual debe responder. Es necesario, al respecto, contemplar momentos de discernimiento y de evaluación en el camino que se va recorriendo. La posible tentación que brota de este planteamiento es que el joven considere la vida cristiana como conquista propia, fruto de su esfuerzo y de su negociación con Dios.

Pues bien, el hecho de que el itinerario esté jalonado por los ritos de paso y las entregas manifiesta con claridad que la introducción en la vida cristiana, en el Misterio salvífico de Dios, es obra del Espíritu que el joven debe acoger. Más aún, dicha acción está mediada por la Iglesia y por pequeños signos que, en su sencillez, son eficaces. Estas celebraciones de paso son una escuela de actitudes de gratuidad y humildad, de ánimo y confianza, tan fundamentales en la vida del creyente.

c) Potencia la profesión pública de la fe.

Al celebrarse los ritos del paso en la eucaristía dominical, el joven manifiesta ante la asamblea cristiana la fe que va haciendo suya. En un tiempo en que la fe se vive como algo privado, es importante que el joven manifieste públicamente y de modo comprometido su ser cristiano. La asamblea abierta y plural es signo de la sociedad abierta y plural; al ponerse el joven de pie y acoger las entregas que le hace la comunidad, manifiesta su deseo y compromiso por testimoniar la fe recibida allí donde se encuentre.